



**El misterio
materno de María
y el
Seglar
Claretiano**

José María Viñas, cmf.

Roma, 1984

EL MISTERIO MATERNO DE MARIA

EN EL SEGLAR CLARETIANO

El modelo perfecto de esta espiritualidad apostólica es la santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo y cooperó de modo singularmente a la obra del salvador; y ahora, asunta a los cielos, "cuida con su amor materno de los hermanos de su Hijo que peregrinan todavía y se ven en peligros y angustias hasta que lleguen a la patria feliz". Hónrenla todos con suma devoción y encomienden su vida apostólica a la solicitud materna de María.
(AA. 4)

SIGLAS

- AA Concilio Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado de los Seglares. 1965.
- ACS VIÑAS, JM. y BERMEJO, J. El Apóstol Claretiano Seglar, Barcelona, 1979.
- Aut Autobiografía de San Antonio María Claret.
- CCTT LOZANO, JM., Constituciones y Textos CMF., Barcelona, 1972.
- EA Escritos Autobiográficos, Ed. BAC, 1981.
- EAE Escritos Autobiográficos y Espirituales, Ed. BAC, 1959.
- LG Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia. 1974.
- MC PABLO VI, Marialis Cultus, 1974.

INDICE

PRESENTACION.....	1
I. MARIA EN SAN ANTONIO MARIA CLARET.....	2
1. María, la Madre de Jesús y la Madre de Antonio	
2. María, la Mujer—Madre que vence al dragón	
3. María, la Mujer toda Corazón.	
II. MARIA Y LOS GRUPOS DE SEGLARES SUSCITADOS POR CLARET....	9
1. Grupos de oración	
2. Grupos de acción apostólica	
3. Características comunes	
III. MARIA Y LOS SEGLARES CLARETIANOS.....	14
A — María, Madre en el orden de la gracia.....	16
1. ¡Mujer, ése es tu hijo!	
2. ¡He ahí a tu Madre!	
3. El seglar claretiano, discípulo amado	
B — María, Maestra en el seguimiento de Cristo.....	23
1. María, Maestra	
2. María, Maestra de santidad apostólica seglar	
3. El “discípulo amado” de María	
C- María, Directora en la misión apostólica.....	28
1. Misión del seglar claretiano	
2. María colaboradora en la misión de Cristo	
3. El Espíritu de nuestra Madre	
4. Afecto materno en la misión apostólica	
5. María evangeliza por nosotros	
D - María, Modelo de configuración con el Redentor.	37
1. María, Madre del Redentor	
2. El discípulo junto a la cruz con María	
E — Amor filial y culto.....	41
1. Culto litúrgico	
2. Ejercicios piadosos. El Rosario	

F - Consagración al Corazón de María..... 44

1. Entrega y consagración
2. Consagración filial, apostólica, victimal

APEN DICE

Carta a un devoto del Corazón de Marra (Claret)..... 48

Carta a su hermana Rosa..... 55

Tratamiento pedagógico..... 58

PRESENTACION

La identidad del seglar claretiano es personal, social; pero sobre todo es un don del espíritu dentro de la vocación cristiana en la Iglesia.

La Iglesia reconoce este don y promueve la unidad en la complementariedad de los dones y en la comunión de las personas diversas.

“Los seglares que, siguiendo su vocación, se han inscrito en alguna de las asociaciones o Institutos aprobados por la Iglesia, esfuércense por asimilar con fidelidad las características peculiares de la espiritualidad propia de tales asociaciones o institutos” (AA 4)

Una característica de la espiritualidad claretiana es la vivencia del misterio materno de María desde una perspectiva misionera. Esta vivencia es un don carismático concedido a San Antonio María Claret y transmitido por el mismo Espíritu a sus discípulos – tan diversos dentro de la forma de vida cristiana – para ser vivido por ellos, custodiando y desarrollando en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne.

Este trabajo quiere ser una ayuda para vivir este don, porque la identidad en el espíritu se tiene en cuanto vive, se experimenta. Estas líneas quisieran poner al seglar claretiano en contacto con la Virgen viviente, como la experimentó Antonio María Claret: **Madre** en el orden de gracia; **Maestra** en el seguimiento de Cristo; **Directora** en la misión apostólica; **Modelo** de configuración con Jesucristo Redentor.

Además, este opúsculo desea ayudar a vivir la relación filial y cultural, concentrada toda en la **consagración al Corazón de María**.

Este subsidio en tanto será útil en cuanto ayude a cada uno a encontrar personalmente la Madre y viva con Ella, se deje instruir por Ella y se deje guiar por los caminos del apostolado y por la “vía” que conduce al Calvario y a la resurrección; en cuanto cada uno pueda exclamar desde el fondo de su experiencia: **“María es mi todo después de Jesús”**.



I – MARIA EN SAN ANTONIO MARIA CLARET

María ocupa un lugar muy importante en la experiencia espiritual de San Antonio María Claret. Pio XII dijo que María es como una luz suave que ilumina todos los aspectos de la persona y de la misión de San Antonio María Claret. El Santo dice que María es su todo: Madre, Maestra y Directora, pero siempre encuadrada en el misterio de Cristo y de la Iglesia”:

“mi todo después de Jesús” (Aut. 5)

Claret experimentó el misterio de María en tres aspectos fundamentales como Madre, como Inmaculada y como Corazón.

1. María, Madre de Jesús y Madre de Antonio

San Antonio María Claret tuvo la primera experiencia mariana en el seno de misma familia.

“Aún no tenía uso de razón y ya rezaba de rodillas cada día un aparte del Rosario” (Origen del Trisagio, Ef. 7)

Esta parte del Rosario era la que rezaba toda la familia cada día después de cenar.

“Mis padres – dice -, que en gloria gozan, desde muy niño me inspiraron la devoción al santísimo Rosario, me compraron unas cuentas y me inscribieron en la Cofradía de la Parroquia” (EA p. 431)

Más adelante, cuando Antonio aprendió a leer, aprendió también a dirigir el rosario familiar y el maestro hizo otro tanto con el rosario de la escuela (cf. Aut. 45, 46). Cuando concluidas las primeras letras, Antonio entró a trabajar de fijo en la fábrica de telares instalada en su misma casa, rezabas el rosario con los demás trabajadores:

“yo dirigía y ellos respondían, continuando el trabajo” (Aut. 46)

La relación de Antonio con la Virgen no era solo cultural; era una relación de amistad filial.

“Los días de fiesta pasaba más tiempo en la Iglesia que en casa, porque apenas jugaba con los demás niños; solo me entretenía en casa, y mientras estaba así, inocentemente entretenido en algo, me parecía que oía una voz, que me llamaba la Virgen para que fuese a la Iglesia, y yo decía: voy, y luego me iba” (Aut. 47)

“Nunca me cansaba de estar en la Iglesia delante de maría del Rosario, y hablaba y rezaba con tal confianza que estaba creído que la santísima Virgen me oía. Se me figuraba que desde la imagen delante de la cual oraba iba como una vía de alambre hasta el original que está en el cielo; sin haber visto en aquella edad telégrafo eléctrico, yo me imaginaba como que hubiera un telégrafo desde la imagen al cielo. No puedo explicar con qué atención, fervor y devoción oraba; más que ahora” (Aut 48).

“Con muchísima frecuencia, desde muy niño, acompañado de la mi hermana Rosa que era devota, iba a visitar un santuario de María Santísima llamado Fussimaña, distante una legua larga de casa. No puedo explicar la devoción que sentía en dicho santuario y aun antes de llegar allí. Al descubrir la Capilla, ya me sentía conmovido, se me arrasaban los ojos de lágrimas de ternura, empezábamos el Rosario y seguíamos rezando hasta que llegábamos a la capilla. Esta devota imagen de Fussimaña la he visitado siempre que he podido, no sólo cuando niño, sino también cuando estudiante, sacerdote y Arzobispo antes de ir a mi diócesis” (Aut. 50).

“todo mi gusto era trabajar, rezar, leer y pensar en Jesús y en María santísima; de aquí es que me gustaba (mucho) guardar silencio, hablaba muy poco, me gustaba estar solo para no ser estorbado de aquellos pensamientos que tenía. Siempre estaba contento, alegre y tenía paz con todos” (Aut. 51)

Durante la juventud experimentó el amor de la Virgen como providencia en medio de las vicisitudes por las que Antonio fue madurando humana y vocacionalmente. A los 17 años hizo la experiencia de la libertad, de la bondad de los valores humanos: la amistad, la autopromoción por el trabajo, el triunfo. Experimentó también la relatividad de estos valores al sentirse traicionado, robado, obstaculizado; y la peligrosidad del mundo cuando está dominado por el maligno (CF. Aut. 56 – 76).

“En este tiempo se cumplió en mi aquello del Evangelio de que las espinas habían sofocado el buen trigo (cf. Mt. 13, 7). El continuo pensar en máquinas, telares y composiciones me tenía tan absorto que no acertaba a pensar en otra cosa. ¡Oh Dios mío, que paciencia tan grande tuviste conmigo! ¡Oh Virgen maría, aun de vos había momentos en que olvidaba! ¡Misericordia, Madre mía!” (Aut. 65)

La experiencia del mundo acabó para el joven Antonio con gran desilusión:

“desengañado – escribe – fastidiado, y aburrido del mundo, pensé dejarle y huirme a una soledad, meterme cartujo” (Aut 77)

Sin embargo, experimentó enseguida que Dios Padre amaba el mundo del cual él se quería fugar. Más todavía, Antonio llegó a comprender que el Señor se quería servir de él para colaborar en la obra de la salvación.

El santo atribuía a la Virgen la vocación al apostolado; además se sentía formado por ella:

“formado por Vos en la fragua de vuestra misericordia y amor” (Aut. 270)

Reconocía las gracias que había recibido de ella en este periodo de su vida y exclamaba:

“Se vio claramente que María santísima tuvo en mí una especialísima providencia y me tenía como hijo muy mimado; no por mis merecimientos, sino por su piedad y clemencia” (EA p. 432)

Antonio procuraba corresponder a este amor; hablando de sí en tercera persona dice:

“como amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre, siempre pensaba qué podrá hacer en obsequio suyo. Se le ocurrió que lo que debía hacer era leer y estudiar la vida de San Juan Evangelista e imitarle. Al efecto, vio que este hijo de María, dado por Jesús desde la Cruz, se había distinguido por sus virtudes, pero singularmente por la humildad, pureza y caridad, y así las iba practicando este joven estudiante” (EA p. 413)

En este momento de la vida el joven Antonio ha tenido ya la experiencia del misterio materno de María en su vida personal:

“María Santísima me tenía como hijo mimado y él en correspondencia: amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre”.

Esta maternidad y filiación no era una imaginación piadosa; se fundamentaban en la maternidad eclesial de María al pie de la Cruz. Más tarde, como Misionero Apostólico, experimentará Claret nuevos alcances de esta maternidad: el espíritu de la Madre que habla por él; el corazón de Madre para con el hermano en el apostolado. Claret se siente instrumento de la maternidad espiritual de María, al engendrarle nuevos hijos por el Evangelio.

2. María, la Mujer – Madre que vence al dragón

Antonio había descubierto y experimentado el misterio materno de María en el rezo meditativo del Rosario, cuando niño. En su primera juventud comienza a experimentar la misión de María en la lucha original y final entre el bien y el mal: la Mujer y su descendencia en continua oposición contra la serpiente y el dragón.

En Barcelona padece el mal que le acecha desde fuera, desde el “mundo maligno”, y sale victorioso por la protección de María santísima. Seminarista en Vic, se sintió

tentado desde su mismo interior, como poseído del mal, y constató que no bastaba su fuerza de voluntad para vencer. El auxilio le vino del Señor en la intervención de María – fuerza de Dios – vencedora de la serpiente. Esta experiencia se hizo conciencia en una visión en que Antonio, del todo despierto, percibió de un lado la Virgen con los ángeles y los santos, del otro el mal con la violencia agresiva de un ejército, y en medio de estas dos fuerzas antagónicas se vio el mismo como un niño débil e indefenso. Sin embargo, a pesar de la desproporción de fuerzas, la Virgen le invitaba a luchar y le ofrece la corona de la victoria. En aquel mismo instante el mal comienza a replegarse como un ejército en retirada. Esto acaecía en 1831 y Antonio tenía 23 años (cf. Aut 95 – 98).

Antonio descubrió tres años más tarde el sentido vocacional de esta visión. Era el 20 de diciembre, durante la ordenación de diácono:

“Cuando el Prelado en la ordenación dijo aquellas palabras del Pontifical que son tomadas del apóstol San Pablo: No es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas... Entonces el señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación” (Aut. 101)

Antonio había sido llamado y consagrado por el Espíritu para tomar parte activa en la lucha apocalíptica entre el bien y el mal; seguía siendo débil e indefenso de por sí, pero era hijo de María, la Mujer victoriosa, y recibía como arma el Evangelio – espada de Dios -.

Esta experiencia se fue explicitando y fue adquiriendo mayor profundidad, ya por la iluminación que le vino con la definición de la Inmaculada (1854), ya por las incidencias de la lucha personal contra el maligno. Esta lucha alcanzó una identidad peculiar cuando Claret, ahora Antonio María, sufrió en Holguín un atentado sangriento del que escapó con vida gracias a la protección de la Virgen.

Antonio, seminarista, se había sentido el hijo mimado de María. Después experimentó que María, la madre de Jesús, es la Mujer – Madre en lucha contra el Dragón; y, precisamente por ser hijo, se sintió implicado a tomar parte en la pelea. Cuando su vocación de Misionero Apostólico había llegado a una gran claridad, Claret acepta a la Virgen por Madre, Directora y **Capitana** y como buen hijo se ofrece por soldado suyo, y hace referencia al cuerpo a cuerpo con los príncipes de la maldad profetizada el día de la ordenación de diácono (cf. CCTT p. 33; Aut. 101).

Claret, Misionero Hijo del Corazón de María, se sentía implicado en la lucha contra el mal en forma de humanismo ateo juntamente con María “la torre de David” (cf. CCTT p. 602) y se anima a formar un cuerpo compacto y unido por la caridad con los fieles que quisieran comprometerse a luchar la causa del Reino (cf. EAE p. 717).

3. María, la Mujer toda Corazón

San Antonio María Claret, cuando contempla la misión de María, la ve como Madre – Victoriosa; cuando contempla la persona de María la descubre **toda Corazón**.

Corazón como centralidad y profundidad; como vacío total, capacidad de acogida total de la Palabra; como amor oblativo.

La primera manifestación explícita del Corazón de María en la espiritualidad de Antonio hay que colocarla en 1831, el año de la visión mariana, cuando se inscribió en la Cofradía del Corazón de María de Manresa y en la de los Dolores de Vic. Sin duda, que la lectura del evangelio de san Lucas le llevó a María, que conservaba y confería todas las palabras del Hijo en el corazón. De hecho, en la Biblia Sacra, publicada por el Santo, subraya el versículo 19 de capítulo segundo.

Pero fue en 1846 cuando descubrió el Corazón de María como signo de los tiempos, primero frente al jansenismo popular, al liberalismo secularizador y, finalmente contra el humanismo ateo. Descubre también a María, corazón de la Iglesia. El Corazón absorbe la sangre y a difunde por las arterias.

“Así María está continuamente ejercitando estos dos movimientos: absorbiendo la gracia de su Santísimo Hijo y derramándola en los pecadores” (EAE p. 765)

Entre el ser misionero de Claret y el Corazón de María hay una relación muy profunda. Ser misionero para Claret era algo sustancial, porque se consideraba misionero en Cristo. Se sentía unido a Cristo Misionero como a su cabeza, configurado al Hijo en Misión. Ahora bien, el Hijo del Padre en tanto es misionero, en tanto está entre los hombres, en cuanto es Hijo de María. También Claret se siente misionero en cuanto es Hijo formado en la fragua del amor, del espíritu y de María:

“Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado en la fragua de vuestra misericordia y amor” (Aut. 270)

El hijo en tanto es misionero en cuanto ha sido consagrado por el espíritu y he venido a traer la caridad de Dios a la tierra. Claret se sentía también ungido en Cristo por el espíritu y convertido en hombre de fuego. El acudió a María, la del Espíritu en la encarnación y en Pentecostés; para obtener el celo indispensable a todo evangelizador.

“Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo” (Aut. 447)





II - MARIA Y LOS GRUPOS DE SEGLARES SUSCITADOS POR CLARET

San Antonio María Claret, al ver lo que había sido para él la presencia de la Virgen María en su vida, procuró que la misma gracia la experimentaran los demás. Partiendo de la devoción popular mariana, comenzó a purificarla de supersticiones, e informarla con a fe que descubre el plan de Dios y con la caridad que lo acepta.

El Santo promovió también los grupos de vida cristiana y de apostolado. En todos estos introdujo la persona de María, asociada indisolublemente a la vida y a la obra de Jesús, pero desde la perspectiva más conforme con el objetivo del grupo.

1. Grupos de Oración

Difundió un grupo de oración misionera que se llamaba: "Pía y apostólica Unión de oraciones y de obras buenas para alcanzar la santificación de España y de todo el

mundo” (1845). Esta Pía y Apostólica Unión estaba bajo la especial protección del **Santísimo e Inmaculado Corazón de María, Reina de los Apóstoles**. El santo justificaba el patronazgo mariano con estas palabras:

“Ha estimado siempre la Virgen Santísima a todos los fieles cristianos; pero amó de una manera particular a los apóstoles, porque trabajaban éstos en salvar almas que había redimido su santísimo Hijo. Por lo tanto, los cristianos que quieren atraerse de un modo particular el afecto de María Santísima, que se reúnan en número de los doce apóstoles y que rueguen a Dios por la conversión de España y de todo el mundo” (ACVS p. 104 – 108).

Entre los motivos para cooperar a la salvación de las almas añade, después de agradecer a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo,

“a María Santísima, que cooperó con su Hijo para redimirlas” (o.c.)

Entre las prácticas recomienda:

“Un ave María al Inmaculado y Dolorido Corazón de María; el ofrecimiento de los deberes de estado a Dios por las manos de María Santísima” (o.c.)

El Misionero Antonio Claret, mientras predicaba el Evangelio, descubrió el desaliento de la gente a causa de la predicación tremendista y de los confesores rígidos jansenistas. Para hacer frente a esta urgente necesidad del pueblo de Dios vio, como signo de esperanza, el Corazón de María manifestación misericordiosa del Padre en el amor de la Virgen Madre.

El Santo difundió la Cofradía para la conversión de los pecadores. Los cofrades se consagraban especialmente al servicio de María para combatir el pecado, procurando la conversión del pecador por la oración y por la corrección fraterna (cf. ACS p. 109 – 111).

2. Grupos de acción apostólica.

La primera organización promovida por el Santo, en la que los seglares eran de verdad agentes de evangelización, fue la **Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María y amantes de la humanidad**. En esta hermandad tenían una función específica las mujeres que llamó ‘diaconisas’. El fin de la hermandad era procurar con la gloria de Dios el bien **espiritual y corporal** del prójimo y para conseguir este fin decía:

“Hemos pensado unirnos en hermandad en el Santísimo e Inmaculado Corazón de María, Madre de Caridad” (cf. ACS p.112—118).

El estilo de vida era más exigente para poder ser más testimoniante.

En 1849 el Padre Claret convoca de nuevo a los seglares —ya que el Arzobispo de Tarragona no le había aprobado el plan anterior a causa del apostolado activo de las mujeres-, y esta vez en **Hermandad de la Doctrina Cristiana**.

“La Hermandad se halla bajo los santísimos Corazones de Jesús y de María... La Santísima Virgen María es y será la patrona y directora de esta santa Hermandad” (cf. ACS p.119—127).

Por este tiempo el Santo comenzó a promover la consagración en el mundo a manera de las primeras vírgenes cristianas y depositó en la Iglesia la semilla de un instituto secular. Se llamaría **Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María**. El Corazón de Marra sería el ambiente materno donde vivir el compromiso evangélico en medio del mundo (cf. ACS p.128—143).

Antonio María Claret, al final de su apostolado en Cuba como Misionero—Arzobispo, vio que la anti religión ya no venía del relajamiento de las costumbres cristianas sino de la misma negación de la fe, y hacia falta poner en pie otro tipo de agentes de evangelización, un movimiento apostólico especializado:

“asociar a los hombres sabios y honrados para alabar a Dios en esta vida por medio de la verdad, y caminar a El por medio de la virtud... Reunidos en una sociedad literaria y artística podrán aunar sus esfuerzos para combatir los errores, propagar los buenos libros y con ellos las buenas doctrinas, haciendo de paso guerra al vicio, defendiendo y practicando la sana moral, y valiéndose para el logro de tan santas miras de todos aquellos medios que les dicten su celo, prudencia y caridad”.

Este movimiento se llamaría **Academia de San Miguel**.

“la lucha incesante de la verdad y la virtud contra el error y el vicio, no es otra cosa que la continuación de la primera y personificada en San Miguel y Lucifer”.

Pero la Academia

“Queda además bajo la protección y patronato especial de la Santísima Virgen María, por ser Ella la que aplastó la cabeza del dragón infernal, y a quien se dio el glorioso e irresistible poder de acabar con las herejías de todo el mundo”.

El estilo de vida de estos seglares debía ser fraterno y “con la sencillez y fervor de los primeros cristianos, sin que haya entre ellos más que un solo corazón y una alma sola” (Hch 4,32).

El académico

“continuamente debe vivir devorado del santo celo de la mayor gloria de Dios y del bien de las almas, que Dios ha creado a su imagen y para sí, que Jesucristo ha redimido con su preciosa sangre... En todo tiempo debe vivir bien y santamente, guardando los preceptos de la santa Ley de Dios, de la Iglesia, y cumpliendo con perfección las obligaciones de su estado, edificando con su buen ejemplo, sin jamás escandalizar a nadie. Cada día leer un capítulo del Evangelio y rezar un **misterio del Rosario**, el que le haya cabido en suerte” (cf. ACS p.144—158).

San Antonio María Claret intentó reunir en 1864 todas las fuerzas que había suscitado en la Iglesia en un gran movimiento de apostolado, uniendo los dones complementarios y diversos en el Corazón de María. Lo componían los Misioneros totalmente consagrados y liberados para la evangelización itinerante; los Sacerdotes de apostolado de conservación, viviendo establemente en la diócesis, y los Seglares, según sus posibilidades de apostolado (cf.ACS p.162—166).

3. Características comunes.

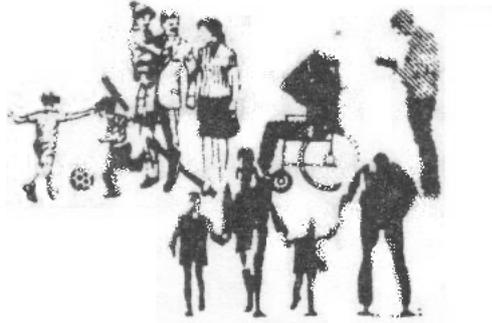
Una característica común de estas agrupaciones es que son apostólicas en la intención, en el celo y en los medios según la diversidad de dones.

Otra característica es el cumplimiento de los deberes del propio estado como base; esta es la primera voluntad de Dios, y al mismo tiempo un estilo de vida evangélico “como los primeros cristianos” que escuchaban la Palabra y la compartían; tenían un solo corazón y una sola alma.

Finalmente, la presencia de Marra junto a Jesús, siempre como amor y, según el objetivo más inmediato, también como Inmaculada, como fuerza contra el maligno.

La aceptación de la presencia y la misión de la Virgen se expresaban en entrega—consagración.





III - MARIA Y LOS SEGLARES CLARETIANOS

“Dentro del misterio íntegro de Cristo, vivimos el misterio materno de María, siempre desde una perspectiva misionera” (Ideario, 40)

María pertenece a toda la Iglesia, pero el Espíritu, que según la promesa de Jesús, la va llevando a la verdad plena y a la vida colmada, no cesa de suscitar por medio de dones peculiares una vivencia más profunda y más significativa del misterio de María en el misterio íntegro de Cristo.

Los seglares claretianos tenemos conciencia de haber recibido en la Iglesia el don de vivir el misterio materno de María dentro del misterio íntegro de Cristo, siempre desde una perspectiva misionera.

Este don que forma parte de nuestra gracia vocacional tenemos que asimilarlo por la contemplación de fe, integrarlo en nuestra persona y vivirlo generosamente.

Uno de los medios y el más fundamental es revivir la experiencia que se funda en la experiencia cotidiana, por medio de la Palabra, en aquellos pasajes bíblicos en que San Antonio María Claret —embestido por el Espíritu— experimentó el misterio

materno de María dentro del misterio íntegro de Cristo; siempre desde su carisma misionero. Esta experiencia le hizo aceptar a María como **Madre** en el orden de la gracia y de la fe; como **Maestra** en el seguimiento de Cristo y como Directora en la evangelización. Esta experiencia espiritual informó la devoción mariana del Santo.

Este mismo camino podemos seguir nosotros, basados en la comunión de gracia carismática, hasta alcanzar una vivencia lo más plena posible del misterio materno de María. Como todo es don, el primer modo de vivir es acoger con toda la mente y con todo el corazón esta gracia, que configura nuestro ser vocacional en la Iglesia, y nos habilita para cumplir nuestra misión de evangelizadores en el mundo y desde el mundo.





A - MARIA, MADRE EN EL ORDEN DE LA GRACIA

Advertencia preliminar

No se trata ahora de un estudio teológico sobre la maternidad espiritual de María, sino de abrir un cauce para revivir la experiencia del Espíritu.

Todos llamamos Madre a Marra y acudimos a ella en diversas situaciones, especialmente las difíciles. Pero ¿qué significado vital tiene esto? ¿Es una mera costumbre familiar o ambiental? Ahora hay una intención pública de reducir todas las manifestaciones populares de piedad mariana a realidades folklóricas o a mitos naturales de la fecundidad. También desde otro sector se reduce todo a nostalgias psicoanalíticas de orfandad materna.

Ninguna experiencia humana, por profunda o desgraciada que sea, puede exigir la existencia de Marra. María no es una invención nuestra; es un don del Padre. Pero ¿hasta qué punto nuestra vida bautismal en Cristo tiene que ser también una vida en Marra? ¿Hasta qué punto un seglar claretiano tiene que dar cabida a Marra en su vida cristiana?

Comenzando a responder por lo último, hemos de decir que María tiene que estar en nuestra vida a la manera como el Espíritu Santo quiso que Marra estuviera en la vida de Antonio Marra Claret. Esto lo hemos visto en la primera parte; ahora nos toca reavivar esta gracia. A este fin acerquémonos a la Palabra viva desde la conciencia espiritual de la Iglesia y desde nuestro don vocacional en ella.

1. “Mujer, ese es tu hijo” (Jn 19,26)

El pasaje de María junto a la cruz es uno de los lugares bíblicos en los que San Antonio Marra Claret experimentó principalmente el **misterio materno de María**, desde su juventud hasta el final de su vida. También lo podemos experimentar nosotros por la comunión de gracia que tenemos con el Santo.

No basta una lectura curiosa, ni siquiera estudiosa, aunque puede ser necesaria. Hay que entrar por la fe en el misterio; encontrar a Jesús como Señor y oír

de él ahora: “Mujer, éste (yo) es tu hijo”; hay que recibir esta palabra en el corazón, conferirla lentamente, gozarla, agradecerla, asimilarla.

El dato histórico de la encomienda de la Madre por parte de Jesús antes de morir ha sido interpretado desde la antigüedad como un gesto de amor filial; pero en la versión del cuarto evangelista es al mismo tiempo expresión de un designio divino mucho más profundo. Jesús proclama que la Madre del Maestro pasa a ser la Madre del discípulo amado. Marra es la Mujer—Madre, Madre de los creyentes. Marra recibe la función de Madre de la Comunidad que nace del costado de Cristo.

“María intuye que, a través de las palabras de Jesús, Dios Padre quiere dar a su vida, a su vocación, una nueva y más radical orientación. Ella debe acoger al discípulo como hijo y permanecer con él; debe ser fuente animadora y educadora de todo aquello que acrecienta la fe del discípulo. Jesús le confía la tarea de dedicarse a tiempo pleno al discípulo, porque es su hijo” (GARCIA P., J.CR., María la mujer consagrada, p.106).

San Antonio Marra Claret, abrazando el sentido perenne de la Iglesia, da a las palabras de Jesús un sentido mesiánico y lo repite en diverso lugares de sus obras. Uno de los más significativos es el siguiente:

“María no sólo es Madre de Dios; es también Madre nuestra. El Verbo se hizo hombre y se hizo nuestro hermano, y quiso que tuviésemos un mismo Padre y una misma Madre que El. Va nos había dado un Padre; ya nos había dicho: Cuando orareis, diréis: Padrenuestro que estés en los cielos; y después nos da a su misma Madre por Madre nuestra: He aquí a tu Madre. Sí, María en Belén dio a luz a su Hijo primogénito, y en el Calvario dio a luz a los segundo — gémitos, que somos todos los discípulos de Jesucristo figurados en el discípulo amado” (La Colegiala Instruida, secc.2, cap.28, medit. 8).

El Concilio (LG 61,62) nos describe el modo cómo María ha llegado a ser “nuestra Madre en el orden de la gracia”. Marra no sólo es Madre del divino Redentor sino que “cooperó a la obra del Salvador de un modo totalmente extraordinario por la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad” (LG 61). Además

“esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no abandonó este oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor materno se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz” (LG 62).

Para San Antonio Marra Claret las palabras de Jesús, además de ser una proclamación, tienen la eficacia de una consagración:

“María es la Madre de la divina gracia, y al efecto Dios le ha dado un corazón enteramente maternal, el más tierno, el más compasivo, el más misericordioso; y sobre las tablas de ese Corazón, que es todo caridad, el mismo Dios hecho hombre escribió con su dedo ensangrentado estas palabras: Este es tu hijo ; y María Santísima, aunque siempre buena, pero en aquel momento empezó a sentir tanta inclinación a hacernos bien, tanta ternura y tanto amor hacia todos nosotros, que San Ligorio dice que si se reuniera todo el amor que los padres y madres han tenido sus hijos, los esposos a sus

esposas y todos los santos a sus devotos, no llegarían de mucho al amor que María Santísima tiene a cada uno de nosotros” (Ejercicios... a los niños, lectura para el día 9).

El Papa en Fátima insistió en este aspecto:

“Cuando Jesús dijo en la cruz: ‘Mujer, he ahí a tu hijo’ (Jn 19,26), de un modo nuevo abrió el Corazón de su Madre, el Corazón Inmaculado, y le reveló la nueva dimensión y el nuevo alcance del amor, al que era llamada en el Espíritu Santo con la fuerza del sacrificio de la cruz” (Homilía, 7).

En nuestra contemplación, después de escuchar la palabra viviente del Señor viviente, volvamos los ojos a María, gloriosa y resucitada y veremos que repite el “Hágase en mí según tu palabra”.

“En Cristo ella ha aceptado junto a la cruz a Juan y ha aceptado a cada hombre y a todo hombre. En efecto, la maternidad espiritual de María —participación del poder del Espíritu Santo, de Aquel que ‘da la vida’— es al mismo tiempo el servicio humilde de aquella que dice de sí misma: “He aquí la Sierva del Señor (Lc 1,38)” (Juan Pablo II, Fátima, homilía 5).

Agradecemos a Jesús que no conservó avaramente para sí el ser hijo de María; agradezcamos a María el que nos hubiera aceptado universalmente y el que nos siga aceptando personalmente.

2. “¡He ahí a tu Madre!”

“Luego dice al discípulo: ¡Ahí tienes a tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus propias cosas” (Jn 19,27).

Parece que hubiera bastado que Jesús se hubiera dirigido a la Madre para presentarle al hijo. No obstante, quiso dirigirse también al hijo para que aceptara y acogiera a la Madre.

Aunque técnicamente las palabras pueden tener diversos matices y hasta significados, para nuestra contemplación aprovecharemos el sentido más común y la lectura carismática de Claret.

Si Jesús hubiera dicho: he ahí a esta pobre mujer abandonada, cuídate de ella, lo más normal hubiera sido seguir: y el discípulo la tomó en su casa. Sin embargo, Jesús dijo: tu madre. Más que una mujer a quien cuidar se le daba una madre a quien venerar y a dejarse cuidar de ella. Por esto el discípulo la recibió, la acogió como un don, más bien que como a una persona necesitada de protección.

¿De qué **acogida** se trata? Según la significación más obvia, una acogida de hospitalidad. Pero ante todo una acogida en el corazón del discípulo. **Acoger**, en Juan significa la fe que comprende al mismo tiempo la confianza y el amor. Quien “acoge al Verbo” adquiere el poder de ser hijo de Dios; quien acoge a María entra bajo su influjo materno.

Los bienes propios del discípulo eran principalmente de orden espiritual: su ser de hijo del Padre, el don del discipulado, el apostolado, el sacrificio, el Espíritu.

“La Madre de Jesús es acogida por el discípulo en el espacio interior que ya estaba constituido para él por su relación con Jesús; la acoge como madre suya en la fe; ella viene así a agregarse a sus ‘bienes’ que le venían de Jesús y a perfeccionar su estado de “discípulo a quien amaba Jesús” (1. DE LA POTTERIE, en “La Verdad de Jesús”, BAC, Madrid, 1979, p.218).

3. El seglar claretiano como discípulo amado.

San Antonio María Claret identificó el “discípulo amado” con Juan, el hijo del Zebedeo y vio en Juan un ideal de relación con María, Madre del discípulo. Como consecuencia de la visión del Ángel del Apocalipsis, escribe:

“El Señor quiere que yo y mis compañeros imitemos a los apóstoles Santiago y Juan en el celo, en la castidad y en el amor a Jesús y a María” (Aut 686).

El proceso de identificación con Juan, hijo de María, se remonta a la juventud. El Santo, hablando en tercera persona, escribe:

“Además, como amaba a María Santísima como a su tierna y cariñosa Madre, siempre pensaba qué podría hacer en obsequio suyo. Se le ocurrió que lo que debía hacer era leer y estudiar la vida de San Juan Evangelista e imitarle. Al efecto, vio que este hijo de María, dado por Jesús desde la Cruz, se había distinguido por sus virtudes, pero singularmente por la humildad, pureza y caridad, y así las iba practicando este joven estudiante” (EAE p.413).

En el discípulo amado se condensa el ideal del discípulo auténtico.

“El discípulo amado encarna la actitud del auténtico discípulo de Jesús: es el que ocupa el lugar más cercano a Jesús en la Cena, el testigo de la muerte y resurrección, el tipo del verdadero creyente: ‘vio el sepulcro vacío y creyó’ en la resurrección por la palabra de Jesús; el creyente que respeta el ministerio de Pedro, el que tiene una especial sensibilidad para apreciar la presencia del Señor (cf. Jn 21,7), es el verdadero testigo” (cf. Jn 21,24).

“El discípulo amado y todos aquellos a quienes él tipifica son orientados por Jesús hacia María, también la creyente, ‘la que estaba junto a la cruz’, para que la reconozcan y acepten como Madre. Madre en el nuevo sistema de relaciones que Jesús establece con su Muerte y Resurrección... ¡No se puede ser ‘discípulo amado’ de Jesús sin acoger a María como Madre!” (GARCIA P.J.CR, María la mujer consagrada, p.109).

El seglar claretiano debe confrontarse con el discípulo amado, ya que es discípulo por opción y consagración bautismal, y amado por un don peculiar del Espíritu.

- El discípulo amado esté junto a Jesús en los caminos, en la cena, en la cruz.
- El discípulo amado tiene una especial sensibilidad para apreciar la presencia del Señor en la vida (cf. Jn 21,7).
- El discípulo amado es el verdadero testigo (cf. Jn 21,24). Es el representante de los testigos de la tradición apostólica, los enviados y consagrados por Jesús para comunicar, como él, a los hombres la Palabra del Padre (cf. Jn 17,18—20).

- El discípulo amado comparte con Jesús la relación filial para con su Madre.
- El discípulo amado esté configurado con Cristo, vive su vida, es su morada y de quien, por tanto, Jesús puede decir a su Madre: “He aquí a tu hijo, Cristo” (Orígenes, In Joh 1,4).

Como conclusión podríamos centrar el proceso de identificación con el discípulo amado, siguiendo a Claret, en dos puntos principalmente:

- comunión-imitación de Jesús,
- amor filial a María.

San Antonio María Claret aceptaba su relación con María, la Madre del discípulo, por medio de la entrega filial: “yo me entrego por hijo vuestro” y repetía: “Madre, aquí tenéis a vuestro hijo”, recordando a María las palabras de Jesús agonizante. Esta entrega era fe en la Palabra de Jesús, confianza, amor filial, imitación—configuración, disponibilidad apostólica, como instrumento de la maternidad espiritual de María por el anuncio del Evangelio.

El seglar claretiano, para ser tal, debe ser como discípulo amado, acoger a María en su corazón, en su familia, en su comunidad, en su mundo; dar libertad a María para que cumpla plenamente en él su función materna hasta transformarle en Jesús, el Hijo y el Misionero del Padre, el Hijo de María, de su Corazón, todo Caridad.





B - MARIA, MAESTRA EN EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

San Antonio Marra Claret reconoce a Marra como Maestra después de Jesús. Marra no es paralela a Cristo Maestro; María, ante todo, es discípula, pero en grado tan eminente que es Maestra en el seguimiento de Jesús.

Quien busca a Dios para vivir de Dios, busca también, como gura en el camino, una persona ya “experimentada” en Dios. Sólo Jesús es el camino al Padre, pero Marra es una peregrina tan experimentada que puede muy bien hacer de gura.

El que acepta a Marra por Madre siente la necesidad de parecerse a ella, imitándola, no como un mimo teatral desde el gesto externo, sino desde el interior, por connaturalidad en el Espíritu.

Marra Madre—Maestra no sólo tiene el sentido de Dios, porque es Madre de Dios, sino que tiene también el sentido de los hijos por gracia y por encomienda. Por su singular maternidad tiene también una pedagogía divina, suave y fuerte a la vez, que no abre la puerta forzosamente; llama y predispone para abrirla.

El Concilio nos dice:

“Mientras que la Iglesia en la Beatísima Virgen ha alcanzado ya la perfección, y de este modo se presenta sin mancha ni arruga, los fieles se esfuerzan aún por crecer en santidad venciendo el pecado; por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes” (LG 65).

Los seglares que miran a María ven en ella un modelo particularmente adecuado porque

“mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida a su Hijo y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador” (AA 4).

Este texto del Concilio dice en pocas palabras lo que podría ser una espiritualidad o una santidad seglar:

1. Vivir en el mundo una vida igual a la de los demás;
2. unión continua con Cristo por la caridad de afecto, permaneciendo siempre en Jesús como el sarmiento en la vid;
3. amor efectivo colaborando a la obra del Salvador.

La experiencia de la vida cotidiana iría exigiendo la respuesta de amor en todas las situaciones. Tener el corazón diverso, viviendo en este mundo la vida de todos. Este corazón sería el de Cristo, el de María.

2. María Maestra de santidad apostólica seglar.

En San Antonio María Claret la misión no era una consecuencia más o menos secundaria de su consagración; se sentía consagrado, invadido por el Espíritu para ser enviado, para evangelizar. Claret era santo en función apostólica. El que anuncia el evangelio tiene que ser persona-evangelio como Jesu, que por ser el Hijo ya es revelación del Padre. No se siente llamado a vivir y representar en la Iglesia a la Sabiduría eterna en el seno del Padre, sino al Hijo enviado, encarnado, revelador del Padre por su estilo de vida y por la palabra. La vida tiene que ser testimoniante, transparencia del evangelio.

El seglar claretiano no ha de ser un religioso en su casa sino un auténtico discípulo de Jesús, un seguidor de Jesús “viviendo en este mundo una vida igual a la de los demás”.

Ni el Concilio hablando de la santidad de los seglares ni el Ideario escatiman en nada la radicalidad evangélica como regla de vida; sólo se diferencian en el signo:

“Mientras algunos se comprometen públicamente a vivir dichas exigencias en un estado de vida consagrada aprobado por la Iglesia, nosotros, como laicos, las abrazamos en virtud de las exigencias de la consagración bautismal” (Ideario 44).

La espiritualidad de María es la primera espiritualidad seglar y evangélica. Es también una espiritualidad evangelizadora. Para el seglar claretiano María no es un compartimento aislado de devoción o imitación; “es una luz suave que todo lo ilumina”. Y también todo lo unifica desde el interior, desde el Corazón, desde el dinamismo de su interioridad y de su caridad apostólica como la del Hijo.

María es Madre-Formadora, Maestra, en cuanto nos conforma interiormente con su persona y con su vida, según la respuesta de fe, obediencia y amor dada por Ella en el Evangelio. Esto nos hará vivir en la línea de filiación.

La Virgen actúa también en nosotros, en cuanto a seglares evangelizadores, en nuestra formación apostólica, en nuestra misión bautismal; y actúa decisivamente en y sobre la fe de las personas que nos rodean, para que lleguen a la plenitud de la fe y sean como Ella, bienaventurados por haber creído.

El discípulo verdadero, el que edifica sobre roca, es el que encuentra a Jesús y arriesgándolo todo le sigue; el que escucha la palabra y el que la pone en práctica (cf. Lc 6,47). Pero la primera virtud y el fundamento de todas es la fe.

María, peregrina de la fe, nos guía al encuentro con el Maestro, nos alcanza el amor para seguirle, la docilidad para escucharle y guardar como Ella la Palabra en el corazón, la abnegación para convertirnos al Evangelio, la generosidad para seguir a Cristo hasta la cruz.

El discípulo evangelizador se encuentra entre el Padre que Le envía y los hombres a quienes es enviado; necesita las virtudes de relación. Por la humildad se coloca convenientemente ante Dios, agrada a Dios. Por la mansedumbre -hecha de paciencia, amabilidad, cordialidad— agrada al prójimo. María es mansa y humilde de corazón en el Corazón del Hijo.

El Ideario habla de **pobreza** cristiana como humildad, confianza y disponibilidad. En este sentido la Santísima Virgen es la primera entre los pobres del Señor (cf. Lc 1,48—55). Es también la Madre compasiva que se compromete con el Hijo por la felicidad de sus hijos, y da testimonio en el Magnificat de los valores del Reino definitivo.

María es también ejemplo de **castidad** por el Reino de los cielos (cf. Le 1,34—37). Castidad como amor oblativo y liberador. La castidad cristiana en todas las formas de vida seglar realiza la persona humana, la capacita para la unión fraterna y dispone para dedicarse a los intereses del Padre, da fuerza en la lucha contra el maligno y se vuelve denuncia del erotismo y hedonismo (cf. Ideario 16).

El seglar claretiano, como evangelizador, es especialmente sensible al designio de salvación revelado en Jesús y a ejemplo de María santísima que se consagró totalmente como esclava del Señor (cf. Le 1,38) a la persona y a la obra del Hijo, se ofrece a cumplir la voluntad del Padre. Para el Padre Claret la **obediencia** del evangelizador no es una virtud, es como su constitutivo personal, porque como misionero es esencialmente enviado. El seglar claretiano descubrirá la voluntad de Dios como Marra en los acontecimientos familiares, profesionales, sociales.

Lucas ha querido subrayar que el Reino es comunión y crea **comunión**. Esta comunión tiene su fuente en la comunión misma de Dios y se manifiesta en la comunión de Jesús Resucitado. Esta comunidad no se da sin María la Madre de Jesús. Ella es un lazo de unión delicado y suave que penetra los corazones. La comunidad carismática seglar tiene sus expresiones (Ideario 19); pero sobre todo no será auténtica si no hay en ella lugar para María, la Madre de Jesús, si ella no es admitida como un don de Jesús y del Espíritu.

3. El “discípulo amado” de María.

No se trata de introducir con este título un nuevo personaje como principio de identificación. El Espíritu, por los evangelistas, por la tradición viva de la Iglesia, ha hecho llegar a nosotros rasgos de la persona y de la vida de María, la Madre de Jesús, que son para nosotros ejemplo-magisterio en el seguimiento de Cristo.

Tenemos que agradecer este don y hacerlo fructificar.

María, la Madre de Jesús, no es una Maestra ni lejana ni difunta. Asunta en cuerpo y alma a la Gloria, continúa su función materna y ejemplar para todos y cada uno de sus hijos. Toda su intervención es llevarnos a la obediencia del Evangelio: “Haced lo que El os diga” es persuadirnos interiormente a ser dóciles al Espíritu y al Maestro.

Aquí el discípulo amado:

- tiene una percepción del Espíritu para redescubrir la presencia de María en el Misterio de Cristo.
- Como los buscadores del Evangelio encuentra al Niño con la Madre.
- Está junto a María en Caná y en el Calvario.
- Escucha sus inspiraciones y obedece al Evangelio.
- Como Ella, guarda la Palabra en el corazón, y con esta Palabra ilumina la vida de todos los días para descubrir y cumplir el beneplácito del Padre.



C - MARIA, DIRECTORA EN LA MISION APOSTOLICA

1. Misión del seglar claretiano.

Nuestra misión forma parte de la misión de la Iglesia y se realiza en el interior de la misión eclesial. La Iglesia continúa la misión salvífica de Cristo, originariamente anunciado, la salvación en Cristo, la Buena Nueva del Reino. El Espíritu Santo consagró a San Antonio María Claret y lo configuró primariamente con Cristo evangelizador. La misión de San Antonio María Claret fue continuar la evangelización del Señor, por el servicio misionero de la Palabra. A través de él y para este mismo servicio, el Espíritu Santo nos suscitó también a nosotros, seglares claretianos (cf. Ideario 22.23).

Claret que se había sentido formado misionero por María, se sentía también enviado por ella, con y bajo la misión del Hijo; se sentía, además, acompañado por Ella, guiado por Ella en los caminos de la evangelización y, sobre todo, animado por el Espíritu de María. El Santo miraba a María como ejemplo para los que colaboran en la redención de Cristo.

2. María colaboradora de la misión de Cristo.

El Ideario dice que un modo de vivir el misterio materno de María desde una perspectiva misionera es volver los ojos a Ella para ver cómo ha sido misionera:

“Con amor filial la contemplamos como modelo de colaboración en la misión de Cristo” (Ideario 40).

En primer lugar, no se trata de un estudio teórico, sino de una **contemplación**, o sea, con ojos llenos de amor filial. Esta mirada ve en profundidad, nace del corazón y llega al Corazón. Como va llena de amor es disponible, influenciable y por lo mismo transformante. En otras palabras, es una oración de fe y de caridad.

La queremos ver como **modelo** de colaboración, María, como nosotros, no es el Salvador; pero su colaboración a la obra de la salvación es única: colabora siendo la Madre del Salvador. En este sentido no podemos imitarla, pero ha sido Madre asociada de todo Corazón y a todas las fases de la redención.

Jesucristo nos ha tenido tanto amor que no sólo nos ha redimido, sino que nos ha manifestado tanta confianza hasta querer asociarnos a la obra de la redención, participando de su unción profética, sacerdotal y real. Por esto la contemplación de sus actitudes, de su modo de colaborar puede ayudarnos a cumplir la misión de una manera más adecuada.

¿Cómo contemplar la colaboración de María en la misión de Cristo?

Una manera bien sencilla es el Rosario como oración contemplativa. Con amor filial nos acercamos al Corazón de la Madre para que nos contagie de la experiencia del misterio de Cristo. Así forman las madres, contagiando experiencia. María nos forma contagiándonos de su experiencia en el Espíritu.

Otra forma es ir al Evangelio desde la experiencia de nuestro apostolado e injertar e identificar la experiencia espiritual de nuestra Madre en nuestra vida.

Otro medio es contemplar la imagen de María que se ha hecho la. Iglesia inspirada por el Espíritu. El Concilio Vaticano nos ha trazado el icono en el capítulo octavo de la Constitución sobre la Iglesia.

El Concilio nos describe a la Virgen como colaboradora activa que abraza

“la voluntad salvífica de todo corazón y sin impedírselo pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención bajo El y con El, por la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, los Santos Padres creen que María no fue empleada por Dios de un modo meramente pasivo, sino que cooperó a la salvación humana con una fe y obediencia libres” (LG 56).

“Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte. En primer lugar, cuando María, poniéndose con presteza en camino para visitar a Isabel, fue proclamada por ésta bienaventurada a causa de su fe en la salvación prometida, a la vez que el Precursor saltó de gozo en el seno de su madre (cf. Lc 1,41—45); y en el nacimiento cuando la Madre de Dios, llena de gozo, presentó a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que, lejos de menoscabar, consagró su integridad virginal. Y cuando hecha la ofrenda propia de los pobres lo presentó al Señor en el templo y oyó profetizar a Simeón que el Hijo sería signo de contradicción y que una espada atravesaría el alma de la Madre, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (cf. Lc 2,34—35). Después de haber perdido al Niño Jesús y haberlo buscado con angustia, sus padres lo encontraron en el templo, ocupado en las cosas de su Padre, y

no entendieron la respuesta del Hijo. Pero su Madre conservaba todo esto en su corazón para meditarlo” (cf. Lc 2,41—51)” (LG 57).

“En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio, cuando en las bodas de Cané de Galilea, movida a misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías (cf. Jn 2,1—11). A lo largo de su predicación acogió las palabras con que su Hijo, exaltando el reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados (cf. Mc 3,35 par.; Lc 11,27—28) a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como ella lo hacía fielmente (cf. Lc 2,19 y 51). Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: Mujer, he ahí a tu hijo cf. Jn 19,26—27)” (LG 58).

“Por no haber querido Dios manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos que los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste (Act. 1,14), y que también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra. Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma ms plena a su Hijo, Señor de señores (cf. Ap. 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte” (16 59).

3. El Espíritu de nuestra Madre.

San Antonio María Claret, después del atentado de Holguín (1856), tuvo nuevos conocimientos sobre su misión en la Iglesia. La mayor iluminación la recibió leyendo el Apocalipsis, primero en la visión del Águila y después en la visión del Ángel, que tiene un pie en la tierra y otro en el mar y ruge como un león, símbolo de la proclamación profética de la Palabra de Dios. También comprendió que no estaría solo. Otras voces se unirían a la suya hasta Llenar el espacio como voces de trueno. También descubrió el secreto de la eficacia de estas voces:

“No seréis vosotros los que hablaréis, seré el Espíritu de vuestro Padre y el de vuestra Madre el que hablaré en vosotros. Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: “El Espíritu del Señor ha venido sobre mí y me ha consagrado para llevar a los pobres la Buena Noticia, la libertad a los prisioneros, la salud a los contritos de corazón” (cf. Aut 687).

Después de la resurrección de Jesús

“el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: El es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien, en lo hondo de las conciencias, hace aceptar y comprender la Palabra de salvación” (EN 75).

Y en el espíritu de Claret cada uno de nosotros debería aplicarse personalmente y con fruición aquellas palabras de Pablo VI que completan la cita:

“El Espíritu Santo es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por El, y pone en los labios las palabras que por sí no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del Reino anunciado” (o.c.)

San Antonio María Claret experimentó la unción del Espíritu para la evangelización, pero también la presencia de María, ya que no hay misión de Cristo sin la colaboración de María. María colaboradora de Jesús y también colaboradora del Espíritu; de tal que el Santo llama al Espíritu, Espíritu de María, aunque no de igual modo como cuando dice Espíritu del Padre o Espíritu de Jesús.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; no procede de María, y por lo mismo no se puede decir en el mismo sentido el Espíritu del Padre (Dios Padre) y el Espíritu de vuestra Madre (María, la Madre de Jesús). Sin embargo, el Espíritu Santo ha sido **dado** a María de una manera singularísima, para ser digna Madre del Hijo y de la Iglesia. María puede decir en el Espíritu:

Padre, pero sólo Ella, dirigiéndose a Dios, puede decir verdaderamente Hijo, y a toda la humanidad, hijo también.

Para San Antonio María Claret el **Espíritu de nuestra Madre** es una experiencia espiritual más que una doctrina teológica. Y experimentó este Espíritu en función de la Palabra.

* Espíritu profético.

El Espíritu habló por María mejor que por los profetas; le hizo decir sí al plan de salvación; proclamar las maravillas de Dios, preguntar por el sentido de la cruz en la vida; comprometerse en la intercesión, promover la obediencia al Evangelio del Hijo.

El Espíritu de María es también nuestro como don carismático; de manera proporcional nos hace arriesgar la vida en la vocación y nos hace responder afirmativamente al designio de Dios, a seguir a Cristo en la vida y en el apostolado; nos hace interpretar los signos de los tiempos y nos hace cantar nuestro magníficat; nos hace buscar el sentido del aparente abandono del Padre, o el perdersenos el Hijo; nos impele a comprometernos con la Palabra, y, al evangelizar, pone en nuestros labios palabras que nosotros no podríamos hallar y en nuestra voz un poder persuasivo que predispone a nuestros oyentes a la obediencia al Evangelio.

* Espíritu de amor.

El Espíritu de nuestra Madre es también el Espíritu de Pentecostés es don de Palabra hecha Amor, lengua de fuego. Esta lengua de fuego se posó también sobre Claret y produjo en él un efecto semejante al de los Apóstoles:

“El fuego del Espíritu Santo —dice— hizo que los Apóstoles recorrieran el universo entero. Inflamados por el mismo fuego, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo, desde el uno al otro polo, para anunciar la palabra divina; de modo que pueden decirse a sí mismos las palabras del Apóstol San Pablo: Charitas Christi urget nos, la caridad de Cristo nos estimula y apremia a volar con las alas del santo celo” (L'Egoismo vinto, Roma 1869, p.60).

4. Afecto materno en la misión apostólica.

Claret podía decir también: Charitas Maniae urget nos, la caridad de María nos estimula y apremia. El se sentía formado por María en la fragua de su misericordia y de su amor (Aut 270). Y pedía cada vez más amor:

“¡Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor; concédemelo, Madre mía!... Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!” (Aut 447).

El Misionero Claret, en una oración en que desahogaba su amor al prójimo, decía:

“Te amo porque eres amado de María Santísima, mi queridísima Madre” (Aut 448).

La caridad de María es ardiente y tierna a la vez, es celosa y mansa.

“Esta misma Virgen —dice el Concilio— en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, del que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres” (LG 65).

El afecto materno del que habla el Concilio es todo el amor de María: amor de mujer, Madre de Dios y de los hombres. Este amor materno no se aprende; es un instinto del Espíritu, una gracia: es intuición de la necesidad antes de que se manifieste, es comprensión, obediencia, paciencia, perseverancia. El Padre Claret resume este amor materno en dos palabras: **amor y misericordia**, esta última en la línea del sentido bíblico, cuando se aplica a Dios.

El Santo describe así el corazón de madre:

“La madre tiene una misión especial que es todo cariño y amor. Ella despierta la inteligencia del hijo, con el hijo balbucea. La madre le hace conocer a su padre y las demás cosas. La madre le enseña a hablar, a caminar, le educa y le forma el corazón.

- La madre alimenta, viste, limpia, cuida de su hijo.
- La madre llama la atención y el amor del padre sobre el hijo.
- La madre hace el oficio de medianera, misericordia entre el padre y el hijo.
- El amor de la madre es tierno, ingenioso y constante. Cuantos ms sacrificios y lágrimas le cuestan los hijos tanto más los quiere.
- El amor de la madre no desfallece: cuanto mayor es el peligro, es tanto ms activo, enérgico e intrépido; como un hombre, como un león aborda los peligros, se tira en los incendios, en los ríos y mares para librar a sus hijos.

- La madre es el mártir de la familia. Ella lleva a su hijo nueve meses en su vientre y después en su corazón diez años, veinte y más...; su hijo estará muy lejos, o misionando o militando, y la madre siempre piensa en su hijo, le ama, ruega por él y de él habla de continuo” (EA 607).

Sólo podemos cumplir el mandamiento del amor si nos dejamos llenar el corazón del amor de Cristo; así también, sólo podremos tener para el prójimo corazón materno, en el apostolado, si hacemos primero la experiencia personal y profunda del amor de Madre que tiene para nosotros el Corazón de María.

El Padre Claret, para explicar el amor a los enemigos, se sirve también del corazón de la madre:

“Mira al prójimo enemigo como una madre que tiene un hijo ebrio, enfermo con delirio, que le insulta, le pega, y ella no se enfada por esto. Se compadece y dice: No sabe lo que hace . Como Jesús” (EA 624).

Si todos los que se dedican al apostolado han de tener “corazón materno”, lo ha de tener de una manera especial el seglar claretiano que, con la vocación, ha recibido el Espíritu “de nuestra Madre”.

5. María evangeliza por medio de nosotros.

El Concilio se ha esforzado por iluminar la relación María Iglesia. Uno de los aspectos es la maternidad espiritual: María por la Iglesia continúa su maternidad de gracia. La Iglesia le engendra nuevos hijos por el Evangelio y por los Sacramentos.

San Antonio María Claret experimentó que su evangelización dentro de la Iglesia era ser como instrumento de la maternidad espiritual de María; él le engendraba nuevos hijos por el Evangelio. Esta iluminación tuvo lugar en Roma el 26 de mayo de 1870, año de su muerte. El seglar claretiano es también heredero de esta gracia. Los seglares claretianos se han de sentir los brazos de María y llenos de celo han de conducir todos a la salvación.

- a) En la animación cristiana y en la acción transformadora de las realidades temporales.

En esta modalidad de su apostolado los seglares claretianos han de mirar a la Virgen de la Visitación. La acción de María es seglar: una visita de familia, ayudar a nacer un niño. Sin embargo, porque estaba llena del Espíritu, porque era portadora de Cristo, su intervención se convierte en una acción transformadora en un acontecimiento de salvación. En esta forma de apostolado la primera condición es el ser mismo de la persona: llena de Dios y desbordando su bondad por todas partes; siendo, además, testigo y agente de justicia.

- b) En la edificación de la Iglesia local.

Por la consagración bautismal el seglar puede colaborar también la Iglesia para la edificación de las comunidades eclesiales; como seglar claretiano lo hace por medio de la evangelización. María, Madre de la Iglesia, con **su presencia materna hace**

fecundas nuestras acciones de evangelización, tanto para suscitar comunidades de creyentes como para suscitar dentro de ellas agentes de evangelización. María de Pentecostés obtiene el Espíritu a estas comunidades eclesiales para que sean comunidades de oración, de amor fraterno y acción animadora, transformadora y evangelizadora.

D - MARIA, MODELO DE CONFIGURACION CON EL REDENTOR



1. María, Madre del Redentor.

María es Madre del Dios hecho hombre para redimir a la humanidad pecadora. Por nosotros los hombres, por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó por el Espíritu Santo de María Virgen y se hizo hombre, crucificado, muerto y sepultado.

La alegría del Magnificat va seguida de la profecía de Simeón:

“He aquí que éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción —y a tí misma una espada te atravesar el alma!, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc 2,3435).

Jesús, revelador del designio del Padre, será rechazado, ajusticiado, crucificado. María, Madre del Crucificado. María unida al misterio de Jesús por la fe, compartirá el destino doloroso del Redentor y lo sufrirá en lo más profundo de su Corazón.

“La fe de María esté llamada a participar del dolor de su Hijo. Ella, como El, será signo de contradicción. Su dolor no es únicamente el dolor de cualquier madre por su hijo; es el dolor de la Madre del Mesías, de la mujer que esté en el origen del Pueblo Mesianico. Tal condición deberá asumir durante toda su vida” (GARCIA P., J.CR., María la mujer consagrada, p.87).

“Así —dice el Concilio— avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado” (LG 58).

La Redención tenía que ser a través del mayor amor y no hay amor más grande que el queda la vida como Cristo ha amado al hombre y al mundo ofreciéndose

por nosotros en la Cruz hasta la lanzada del soldado. María, unida al Hijo, tiene el Corazón abierto y traspasado por el mismo amor. De esta fuente brota de modo ininterrumpido la redención y la gracia. Se realiza continuamente la reparación de los pecados del mundo. Es ella fuente incesante de vida nueva y de santidad.

“Este amor salvífico es siempre más fuerte y más poderoso que el mal”. (Juan Pablo II, Fátima, Homilía).

2. El discípulo junto a la Cruz con María.

El que quiere seguir a Cristo tiene que tomar la propia cruz, negándose a sí mismo.

Para ser discípulo, hay que convertirse al Evangelio; y esto no se puede hacer sin renunciar o crucificar la manera de pensar a lo humano y la manera de reacción a lo humano también. En nuestro corazón hay inclinaciones a realizarnos según las exigencias de nuestra naturaleza humana; pero nosotros tenemos que realizar nuestra humanidad en la filiación divina. No podemos realizarnos plenamente en un humanismo cerrado. La filiación, por lo mismo, no se realiza sin abnegación.

Pero, además, en nuestro corazón está la cizaña que ha sembrado el “hombre enemigo”; y ésta sólo se destruye en la Cruz.

María no tuvo que erradicar la cizaña, pero sí tuvo que aceptar el realizarse a sí misma según el designio de Dios y no según el suyo, y un designio tan exigente como el de colaborar a la Redención como Madre-Asociada del Redentor.

El seglar claretiano ha optado por el Maestro, quiere seguirle, tiene que tomar con generosidad, aunque sea con miedo, la cruz propia del discípulo.

El seglar claretiano tiene que continuar la misión evangelizadora de Jesús; y Jesús, evangelizando, se convirtió en signo de contradicción. La espada de la contradicción atravesó también el Corazón de María y atravesará el corazón del discípulo en cuanto sea fiel al Evangelio. Claret, animado del amor de Cristo, decía con San Pablo:

“Pero yo ninguna de estas cosas temo: ni aprecio más mi vida que a mí mismo, siempre que de esta suerte concluya felizmente mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, para predicar el Evangelio de la gracia de Dios” (Hch 20,24).

En medio de estas dificultades el Santo experimentó la presencia de la Virgen que le animaba y consolaba, especialmente en el atentado de Holguín.

Jesús en la Pasión no pidió las doce legiones de ángeles que luchasen por Él; pidió al Padre la salvación y se confió a sus manos, porque había convertido aquella situación de odio en oblación personal de amor y en sacrificio redentor. María se asoció con corazón materno al sacrificio del Hijo, aceptando el designio del Padre.

También a nosotros, seculares claretianos, asociados con María a la obra redentora del Hijo, nos va a tocar beber el cáliz. Nuestra configuración con Cristo Redentor puede manifestarse en diferentes formas: enfermedad, tribulaciones familiares, conflictos sociales. Sea cual fuere la forma, lo importante es tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús. Y los que tuvo el Corazón de su Madre.

“Todos los buenos cristianos son como sacerdotes, dice San Antonio María Claret. Ahora, pues, es propio de los sacerdotes ofrecer sacrificios; y así como Jesucristo, sumo sacerdote, se ofreció como y í c t 1 m a para gloria del Padre y en satisfacción de nuestros pecados, así también, nosotros, como verdaderos cristianos, nosotros somos sacerdotes, y como tales debemos ofrecernos nosotros mismos como y c ti m a s para gloria de Dios y satisfacción de nuestros propios pecados y de todos los de la nación” (EAE p.760).

Jesús, abandonado de todos, se siente acompañado de su Madre y del discípulo amado; si a nosotros nos toca sufrir el abandono, junto a nuestra cruz estarán siempre Jesús y su Madre.

Esta configuración con la pasión de Cristo y con la compasión de María puede ir acompañada de una fuerza o alegría interior que es la fuerza del Resucitado, de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Claret lo experimentó como una gracia que atribuye a María:

“No puedo explicar yo el placer, el gozo, la alegría que sentía en mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas” (Aut 577).

Jesús sigue en agonía en los hermanos necesitados, y tantas veces abandonados; tenemos que estar junto a su cruz con amor compasivo y también liberador, en la fuerza del Resucitado.



E - AMOR FILIAL Y CULTO

María Santísima es la Madre del discípulo, por lo mismo tenemos que tener hacia Ella un sentimiento de amor filial y tierno, correspondiente a la maternal ternura con que Ella nos ama, protege y socorre. Además, hemos de fomentar un sentimiento de verdadera e ilimitada confianza en su poder y bondad acudiendo a Ella como a nuestro refugio y amparo en las necesidades. Pero María es al mismo tiempo Madre del Maestro, Madre de Dios; y por tanto, nuestra relación hacia Ella se ha de expresar

también en un sentimiento de respeto y **veneración**, proporcionado -en lo posible- a tan sublime dignidad.

“La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha llevado a encontrar, como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de Mujer: la Virgen María, Madre precisamente de Cristo y Madre de la Iglesia. Un mejor conocimiento de la misión de María se ha transformado en gozosa veneración hacia Ella y en adorante respeto hacia el sabio designio de Dios, que ha colocado en su Familia— la Iglesia—, como en todo hogar doméstico, la figura de una Mujer que, calladamente y en espíritu de servicio, vela por ella y protege benignamente su camino hacia la patria, hasta que legue el día glorioso del Señor” (MC, Introducción).

1. Culto litúrgico.

Con la Iglesia damos culto a la Virgen en la liturgia, celebrando su “memoria” en el misterio de Cristo. Durante el año contemplamos la presencia de María en la obra de la Redención. Movidos por el Espíritu, tenemos que celebrar con más intensidad aquellas fiestas que más se expresan en nuestro don, especialmente la fiesta del Corazón de María. Pero siendo el Corazón como la raíz subyacente en todos los misterios de María, debemos descubrirlo en nuestra contemplación y ayudar a otros a descubrirlo y celebrarlo.

La Virgen es, además, modelo del verdadero culto cristiano. Con Ella, la Virgen de Corazón oyente, orante y oferente, podemos vivir el misterio de Cristo a lo largo del año Litúrgico. En cada tiempo litúrgico podemos descubrir el sentido del misterio de Cristo celebrado y el lugar que en él ocupa la Virgen. Pero, además, participando en sus sentimientos y actitudes, podremos asimilarlo y vivirlo más intensamente. La fiesta anual del Corazón de María es importante, pero es mucho más eficaz para nuestra transformación personal el ir viviendo desde el Corazón de la Madre todo el año litúrgico.

2. Ejercicios piadosos. El Rosario.

Nuestras relaciones culturales con la Virgen no se agotan en el culto litúrgico; podemos expresarlas también en los ejercicios piadosos tradicionales en el pueblo cristiano, como el Rosario y otras prácticas semejantes.

El Rosario tiene un lugar muy principal en el espíritu y en el apostolado claretiano, como oración popular de súplica y como ración contemplativa. El Misterio de Cristo que celebramos en la Liturgia lo asimilamos en el Rosario. El contacto con los misterios de Cristo es tan eficaz que, decía San Antonio María Claret:

“Los que se aficianan al santísimo Rosario mejoran luego las costumbres”.

Lo característico de esta devoción es que busca los misterios de Cristo, conservados y vividos en el Corazón de su Madre María.

“Por su naturaleza —decía Pablo VI— el Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorecen en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelan su insondable grandeza” (MC 47).

El Rosario es una oración seglar y debería volver a ser una oración familiar:

“Sabemos muy bien —sigue diciendo Pablo VI— que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando esto tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de familia en ocasión para orar. Difícil, sin duda; pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlos; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso, las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común” (MC 54).

San Antonio María Claret buscaba ya en su tiempo voluntarios para promover el Rosario en familia:

“Es de esperar de la bondad, piedad y misericordia de María Santísima que moveré a alguno de sus devotos y fieles servidores a que reanime a las gentes enseñándoles el modo de rezar el Santísimo Rosario. Si quiere servirse de mí, el más indigno de sus hijos, me ofrezco con grande prontitud y alegría, aunque para esto haya de pasar muchos trabajos y sufrir la muerte”.

Se han ensayado muchas formas de actualizar el Rosario, ya con esquemas de celebración de la Palabra de Dios, ya como oración litánica repetitiva en vistas a una experiencia espiritual.



F - CONSAGRACION AL CORAZON DE MARIA

El número de nuestro Ideario, en el que se habla de la vivencia del misterio materno de María, termina diciendo:

“por eso nos entregamos y consagramos especialmente a su Corazón” (Ideario 40).

La **entrega** es nuestra respuesta personal a la vocación, al lugar que tiene que ocupar María en nuestra vida en unión con el Misterio de Cristo.

Esta entrega significa confiarse, ponerse bajo el amparo de Aquella que nos puede proteger porque es Madre de Dios y porque ha recibido encargo y poder de su Hijo.

Es darle libertad a María para que pueda cumplir su función materna en nosotros. Es la aceptación de la maternidad espiritual de María, a través de la cual el Espíritu nos configura a imagen del Hijo misionero del Padre. Vivir el Evangelio, anunciar el Evangelio nace como una exigencia vital de nuestro ser vocacional.

Propiamente hablando, sólo Dios **consagra**, sólo El puede hacernos entrar en el ámbito de la divinidad. Dios Padre ha amado al mundo de tal manera que le ha entregado su Unigénito (cf. Jn 17,19).

“precisamente —dice Juan Pablo II— este amor hizo posible que el Hijo de Dios se consagrara a sí mismo: “Yo por ellos me consagro, para que ellos sean consagrados en verdad” (Jn 17,19) (Juan Pablo II, Fátima, Homilía).

“Con la fuerza de la redención, el mundo y el hombre han sido consagrados al que es infinitamente Santo. Han sido ofrecidos y entregados al mismo Amor, al Amor misericordioso... La Madre del Redentor nos llama, nos invita y ayuda a uniros a esta consagración del mundo. Sólo así nos encontraremos lo más cerca posible del Corazón de Cristo traspasado en la cruz” (o.c.)

“En virtud de esta consagración, los discípulos de todos los tiempos están llamados a entregarse por la salvación del mundo, a añadir algo a los sufrimientos de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. 2Cor 12,15; Col 1,24)” (o.c.)

Nuestra consagración es para el mundo, para la vida del mundo. Y puede ser consagración en cuanto que es una unión a la consagración de Cristo, juntamente con su Madre de Corazón traspasado.

“La fuerza de esta consagración dura para siempre y abarca a todos los hombres, pueblos y naciones y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de despertar en el corazón del hombre y en su historia y que, de hecho, ha despertado en nuestros tiempos” (o.c.).

Nuestra entrega—consagración a la Virgen, en cuanto Madre toda caridad, se justifica por la función y la posición de María en el Misterio de Cristo. Subjetivamente se funda en la gracia que nos ha dado el Espíritu Santo para vivir de una manera intensa y significativa el misterio de María. Esta entrega—consagración tiene un carácter filial, porque reconocemos y aceptamos de buen grado la maternidad espiritual de María; tiene un carácter **apostólico**, porque reconocemos la colaboración de María en la obra de la redención y estamos disponibles a aceptar la invitación a colaborar según nuestra vocación; tiene también un carácter de oblación en cuanto es una incorporación a la consagración de Cristo y de su Madre para la vida del mundo.

Nos consagramos a María bajo el **signo de su Corazón**, como un signo de los tiempos y como un valor perenne en la expresión de la persona y de la misión de la Virgen. El Corazón es la totalidad de la persona de la Virgen, alma y cuerpo, caridad y amor materno; la **centralidad** de todos sus misterios; el **principio dinámico** de toda su vida. Así como el Hijo fue enviado, en cuanto hecho hombre de María por el Espíritu Santo, en cuanto Hijo de su Corazón y de su seno, así el seglar claretiano es enviado, es evangelizador, en cuanto formado en la fragua de la misericordia y del amor de María. La filiación así vivida es esencial al carisma claretiano.

Para el seglar claretiano, además, el Corazón de María es como un ambiente materno donde se mueve y vive en medio del “mundo maligno”.

Viendo lo que significa el Corazón de María para nosotros, los seglares claretianos, bien podemos hacer nuestra aquella oración de San Antonio María Claret, que es como el **Magnificat** de la filiación:

“¡Oh Dios mío, bendito seáis por haberos dignado escoger vuestros humildes siervos para hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Madre!” (Aut 492).

“Oh Madre benditísima, mil alabanzas os sean dadas por la fineza de vuestro Inmaculado Corazón y habernos tomado por hijos vuestros! Haced, Madre mía, que correspondamos a tanta bondad, que cada día seamos humildes, ms fervorosos y ms celosos de la salvación de las almas” (Aut 493).



APENDICE



CARTA A UN DEVOTO
DEL PURISIMO E INMACULADO CORAZON DE MARIA

Por San Antonio María Claret

Muy Sr. mío: Acabo de recibir vuestra estimadísima carta con la que me pedís os diga alguna cosa para crecer cada día más y más en la devoción al Inmaculado Corazón de María. Querido amigo, no podías pedir cosa más de mi gusto. Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María.

Y para que suba más de punto vuestra devoción y también para satisfacer vuestros deseos, os diré que debemos amar a María Santísima:

1º — porque Dios lo quiere;

2º — porque Ella lo merece;

3º — porque nosotros lo necesitamos, por ser Ella un poderosísimo medio para obtener todas las gracias corporales y espirituales y, finalmente, la salud eterna.

I. DEBEMOS AMAR A MARIA SANTISIMA

PORQUE DIOS LO QUIERE

Amar es querer bien al amado, es hacerle bien, es hacerle participante de sus bienes. Pues bien, el mismo Dios nos da ejemplo y excita a amar a María. El Eterno Padre la escogió por Hija suya muy amada; el Hijo Eterno la tomó por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa. Toda la Santísima Trinidad la ha coronado por Reina y Emperatriz del cielo y de la tierra y la ha constituido dispensadora de todas las gracias. Debes saber, amigo mío, que María Santísima es obra de Dios y es la más perfecta que ha salido de sus manos, después de la Humanidad de Jesucristo. En Ella brillan de un modo muy particular la omnipotencia, la sabiduría y la bondad del mismo Dios.

Es propio de Dios dar la gracia a cada criatura según el fin a que la destina, y como Dios destinó a María para ser Madre, Hija y Esposa del mismo Dios y Madre del hombre, de aquí se infiere qué Corazón le daría y con qué gracias la adornaría.

II. DEBEMOS AMAR A MARIA SANTISIMA

PORQUE ELLA LO MERECE

María Santísima lo merece:

- a) por el cúmulo de gracias que ha recibido sobre la tierra y por la eminencia de gloria que posee en el cielo;

b) por la dignidad casi infinita de Madre de Dios a que ha sido sublimada y por las prerrogativas adherentes a esta sublime dignidad.

a) María fue como el centro de todas las gracias y bellezas que Dios había distribuido a los ángeles, a los santos, y a todas las criaturas. María había de ser la Reina y Señora de los ángeles y de los santos, y por lo mismo había de tener más gracias que todos ellos ya en el primer instante de su ser.

María había de ser Madre del mismo Dios. Es un principio de filosofía que entre la forma y las disposiciones de la materia ha de haber cierta proporción: la dignidad de Madre de Dios es aquí como la forma y el Corazón de María es la materia que ha de recibir esta forma. ¡Oh qué cúmulo de gracias, virtudes y otras disposiciones se agrupan en aquel santísimo y purísimo Corazón!

Desde que Dios determinó hacerse hombre, fijó la vista en María Santísima y desde entonces dispuso todos los preparativos necesarios: la hizo nacer de los patriarcas, profetas, sacerdotes y reyes, y todas las gracias de éstos las reunió en María, queriendo que fuera la nata y flor de todos ellos. Además, la previno con bendiciones de dulzura y puso sobre su cabeza una corona de piedras preciosas, esto es, de gracias y bellezas, pero mucho más enriqueció su Corazón.

En el Corazón de María se han de considerar dos cosas: el corazón material y el corazón formal, que es el amor y la voluntad.

El corazón material de María es el órgano, sentido o instrumento del amor y voluntad. Así como por los ojos vemos, por los oídos oímos, por la nariz olemos y por la boca hablamos, así por el corazón amamos y queremos.

Dicen los teólogos que las reliquias de los santos merecen veneración y culto:

1º Porque han sido miembros vivos de Cristo.

2º Porque han sido templos del Espíritu Santo.

3º Porque han sido órganos de la virtud.

4º Porque serán instrumentos de la gracia.

5º Porque serán glorificados después de la resurrección.

Ahora bien, el Corazón de María reúne estas propiedades y muchas más.

1º El Corazón de María no sólo fue miembro vivo de Jesucristo por la fe y la caridad, sino también origen, manantial de donde se tomó la Humanidad.

2º El Corazón de María fue templo del Espíritu Santo, y más que templo, pues que de la purísima sangre salida de ese Corazón formó el Espíritu Santo la Humanidad Santísima en las purísimas y virginales entrañas de María en el gran misterio de la Encarnación.

3º El Corazón de María ha sido el órgano de todas las virtudes en grado heroico y singularmente en la caridad para con Dios y para con los hombres.

4º El Corazón de María es en el día un Corazón vivo, animado y sublimado en lo más alto de la gloria.

5º El Corazón de María es el trono desde donde se dispensan todas las gracias y misericordias.

b) María es verdaderamente Madre de Dios:

Una mujer que ha dado a luz un hombre se llama y es madre de todo aquel hombre, que es un compuesto de alma y cuerpo, aunque el alma viene de Dios. Así, María Santísima es Madre de Dios, porque este divino compuesto de persona divina, alma racional y cuerpo material es el término de la generación en las purísimas y virginales entrañas de María. Esta dignidad de Madre de Dios es la que más la enaltece, porque es una dignidad casi infinita, por ser Madre de un ser infinito. Es más de cuanto posee en gracia y gloria. Los doctores y Santos Padres dicen que si por los frutos se conoce el árbol, según consta del Evangelio, qué diremos de María, que ha dado a luz aquel bendito Fruto que tanto elogió Santa Isabel, cuando dijo: “Bendito el fruto de tu vientre... ¿De dónde a mí tanta dicha que me venga a ver la Madre de Dios?”

Dice Santo Tomás que el fuego no prende en el leño hasta que éste tiene los mismos grados de calor que aquél. Pues bien, si para que de la sangre del Corazón de María se formase la Humanidad, a que había de juntarse la Divinidad, era preciso que tuviese una disposición casi divina, ¿qué diremos ahora de María, si, además de considerarla Madre de Dios juntamos las demás gracias que recibió de Jesús?

Jesús, “por donde pasaba hacía bien” a todos más o menos según la disposición en que los hallaba; ¿qué pensaremos de las gracias y beneficios que dispensaría a María, por la que pasó no rápidamente, sino que estuvo con mucha detención en sus entrañas nueve meses y a su lado treinta y tres años, hallándose ella siempre con la más buena disposición y preparación para recibir beneficios de Jesús?

A estas gracias se han de juntar también las que recibió del Espíritu Santo el día de Pentecostés y además se han de añadir las que agenció con el ejercicio de tantas y tan heroicas virtudes en todo el decurso de su santísima y larga vida, acompañada de aquella continua y fervorosa meditación en la que, según el profeta, se enciende la llama del divino amor. Al considerar San Buenaventura la gracia de María, exclama diciendo: la gracia de María es una gracia inmensísima, multiplicadísima.

No sólo se han de considerar las gracias que María ha obtenido para ser y por haber sido Madre de Dios y las gracias que recibió de Jesucristo, del Espíritu Santo y Ella se granjeó con su cooperación, sino también es indispensable fijar la atención en la multitud de incomparables prerrogativas que tan gran dignidad le han acarreado.

Referiremos algunas:

1ª Haber sido preservada del pecado original, en que indispensablemente había de incurrir a no haber sido Ella la destinada para Madre del mismo Dios. Para

esto Dios la dotó de un Corazón inmaculado, purísimo, castísimo, humildísimo, mansísimo, santísimo, pues que de la sangre salida de este Corazón se había de formar el cuerpo del Dios humanado.

2ª Haber concebido en el tiempo a aquel mismo Hijo de Dios que el Eterno Padre engendró en la eternidad. No lo dudes, dice San Buenaventura, el Eterno Padre y la Virgen Sagrada han tenido un mismo y único Hijo.

3ª Como el Eterno Padre tuvo este divino Hijo sin perder nada de su divinidad, así también la Santísima Virgen María ha concebido y dado a luz este mismísimo Hijo sin el menor detrimento de su santísima virginidad.

4ª Haber tenido un legítimo poder para mandar al Señor absoluto de todas las criaturas, pues que éste es un derecho que la naturaleza da a todas las madres, derecho al que el Hijo de Dios ha querido sujetarse gustosamente, pues dijo que había venido “no para derogar la ley, sino para cumplirla con más perfección” que los demás hombres, y el evangelista San Lucas nos da testimonio de cómo obedecía a su Madre y a San José. Este derecho hace tanto honor a María Santísima que San Bernardo dice que no sabe qué es más digno de admiración, si el que Jesús obedezca a María o el que María pueda mandar a Jesús. Porque, dice el Santo, el que Dios obedezca a una mujer es humildad sin ejemplo y el que una mujer mande a Dios es una elevación sin igual.

5ª Haber sido la Esposa del Espíritu Santo de una manera infinitamente más noble que las otras vírgenes, puesto que las otras apenas merecen ser aliadas a ese divino Esposo en cuanto al alma, sino también en cuanto al cuerpo, de la manera más casta. La alianza que ha habido entre el Espíritu Santo y las Vírgenes castas sólo ha servido para la producción de los actos de virtudes, pero la alianza de este Divino Espíritu y María Santísima ha producido de la manera más inefable al Señor de las virtudes, Cristo Señor nuestro.

6ª Haber sido como el término, por decirlo así, y la coronación de la Santísima Trinidad, porque ha producido el más excelente fruto de su fecundidad “ad extra”, como dicen los teólogos, es decir, ha producido un Dios—Hombre . María ha producido un sujeto capaz de dar a la Santísima Trinidad un honor cual la Santísima Trinidad se merece, honor que todas las criaturas juntas, y aunque éstas se multipliquen muchísimas veces, no son capaces de dar como lo hace el Hijo de María, Dios y hombre verdadero.

7ª Haber sido hecha Reina y Señora de todas las criaturas, por haber concebido y dado a luz el Verbo Divino, “por quien fueron hechas todas las cosas”, como dice San Juan.

III - DEBEMOS AMAR A MARIA SANTISIMA Y SER SUS DEVOTOS, PORQUE LA DEVOCION A MARIA SANTISIMA ES UN MEDIO PODEROSISIMO PARA ALCANZAR LA SAL VACION

La razón de esto es que María puede salvar a sus devotos, lo quiere y lo hace. María puede salvarlos, porque es la puerta del cielo. María quiere salvarlos, porque es la Madre de Misericordia. María lo hace, porque Ella es la que obtiene la gracia

justificante a los pecadores, el fervor a los justos y la perseverancia a los fervorosos. Por esto, los Santos Padres la llaman la rescatadora de los cautivos, el canal de la gracia y la dispensadora de las misericordias.

Por esto se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación, así como es una marca de reprobación el no ser devoto de María o el ser contrario a su devoción. La razón es muy clara. Nadie se puede salvar sin el auxilio de la gracia, que viene de Jesús, como cabeza que es de su Cuerpo místico, la Iglesia. Ahora bien, María es como el cuello que junta, por decirlo así el cuello con la cabeza, y, como el influjo de la cabeza al cuerpo ha de pasar por el cuello, así las gracias de Jesús pasan por María y se comunican al cuerpo, es decir, a sus devotos que son los miembros vivos.

María es llamada por los Santos Padres la escala del cielo, porque por medio de María ha bajado Dios del cielo, y por medio de María los hombres suben al cielo. Y cuando la Iglesia dice que esta Reina incomparable es la puerta del cielo y la ventana del paraíso, nos enseña con esas palabras que todos los elegidos, justos y pecadores, entran en la mansión de la gloria por su mediación, con esta sola diferencia: que los justos entran por ella como por la puerta de llano, pero los pecadores por la ventana que es María, por la escalera que es María.

CONCLUSION

Por tanto, amigo mío, después de Jesús, hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra eterna salvación en Ella. ¡Oh!, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados por muchos y por grandes que sean, alcanzará la gracia y finalmente la gloria del cielo. Que tanto deseo a usted y a todos

*Antonio María Arcepo
de Frjano pslig*



CARTA DE SAN ANTONIO MARIA CLARET

SOBRE LA DEVOCION A LA VIRGEN

Dirigida a su hermana Rosa Claret de Montañola. Rosa era la hermana mayor de la familia Claret. Casada y viuda, predilecta del santo por su devoción mariana; de ella escribe en la Autobiografía: "Muy laboriosa, honrada y piadosa, la que ms me ha querido" (Aut 6).

T. M. J.

A Rosa Claret de Montañola.

Madrid 7 Junio 1768.

Muy apreciada Hermana. he recibido la muy estimada carta del 11 del presente mas que me has escrito por medio de D. Pablo Roca á quien tendras la bondad de dar esp^{ta} de mi parte: y contestando á la tuya debo decirte que actualmente me hallo sin novedad q^{ta} á Dios, dentro pocos dias saldré y A.A. y yo con ellos saldremos para el R^{to} Hito de S. Ildefonso.

Mucho me alegro que hazis algunas visitas al santuario de N^{ra} S^{ra} de Fueslimaña y que me tengas presente en tus devociones, seria para mi una satisfaccion, el poder ha-

es ya una visita á ese santuario antes de
morir. No pocas veces me acuerdo de ^{las} visitas que
hacia contigo a dicho santuario. y por esta cau-
sa á ti siempre te he querido mas que á los
otros hermanos y hermanas, porque siempre
estabas pronta a acompañarme á visitar á
la Sta. Imagen de Maria S^{ta}, de quien
siempre ha recibido tantas y tan regula-
res favores; y te pido hermana por lo
muelto que te quiero que sea, siempre
muy devota de Maria S^{ta}, sea cual
fuere su advocacion, dígalo tambien á
tus hijos y á las amigas que tengas, que
imiten sus virtudes, que todos los dias recen
el santo Rosario y en las fiestas princi-
pales reciban los santos sacramentos.

Conservate buena y manda de tus
hermanos que tanto te quieren

Antonio Maria Arzop^o:

de Fraymas p^ol^o



Transcripción de la carta anterior.

J. M.J.

A Rosa Claret de Montañola

Madrid y Junio 17/68.

Muy apreciada Hermana: He recibido tu muy estimada carta del 11 del presente mes que me has escrito por medio de don Pablo Roca, a quien tendrás la bondad de dar expresiones de mi parte. Contestando a la tuya debo decirte que actualmente me hallo sin novedad, gracias a Dios. Dentro pocos días SS.MM. y AA., y yo con ellos, saldremos para el Real Sitio de San Ildefonso.

Mucho me alegro que hagas algunas visitas al Santuario de N S de Fussimaña y que me tengas presente en tus devociones. Sería para mí una satisfacción el poder hacer yo una visita a ese Santuario antes de morir. No pocas veces me acuerdo de las visitas que hacía contigo a dicho Santuario y por esta causa a ti siempre te he querido más que a los otros hermanos y hermanas porque siempre estabas pronta a acompañarme a visitar a la Santa Imagen de María Santísima, de quien siempre he recibido tantos y tan singulares favores.

Te pido, hermana, por lo mucho que te quiero que seas siempre muy devota de María Santísima, sea cual fuere su advocación. Dilo también a tus hijos y a las amigas que tengas, que imiten sus virtudes, que todos los días recen el Rosario y en las fiestas principales reciban los Santos Sacramentos.

Consérvate buena y manda a tu hermano que tanto te quiere.

Antonio María

Arzobispo de Trajanópolis.

TRATAMIENTO PEDAGOGICO

Este subsidio es más bien una gura para oración que un guión de estudio. Por esto le van mejor los métodos de oración, sea iluminación, sea de experiencia espiritual, como oración personal o compartida en grupo.

Ejercicio de iluminación.

Partiendo del hecho que María es para nosotros “luz todo lo ilumina”, se podría comenzar profundizando el n. 40 del Ideario y desde él iluminar los números del seguimiento de Cristo (15-21) y también el de la oración (41).

Para lograr esto ir a María en el Evangelio; a la Constitución del Concilio sobre la Iglesia, especialmente de los nn. 56 al 59 y el 65.

Ejercicio de adaptación.

Teniendo en cuenta las diferentes situaciones culturales y de Iglesia, adaptar o desarrollar la experiencia originante de Claret por medio de las reflexiones mariana de las diferentes Iglesias locales como Puebla.

María en el año litúrgico.

El año litúrgico es una gracia para todo el pueblo cristiano; pero el seglar claretiano tiene que vivirlo desde su don del Espíritu. Una de las características de este don es subrayar la presencia de María en el Misterio íntegro de Cristo para celebrarla y vivirla. Antes de cada tiempo litúrgico se podría tener una reunión:

1. para ver las fiestas de María y su significado;
2. para captar la Palabra de este tiempo;
3. hacer todo lo posible para recibirla en el corazón como María;
4. y para cambiarnos y cambiar el ambiente según sus exigencias.

COLECCION DE SUBSIDIOS

- 1 — El seglar en la historia (1'. Antonio Vidales)
- 2 - Breve historia del laicado (P. Vidales)
- 3 — Claret, vida y misión (P. Emilio Vicente Mateu)
- 4 - La misión de San Antonio María Claret (P. José M Viñas)
- 5 — Claret, Misionero Apostólico (P. Jesús Bermejo)
- 6 — Claret y los seglares (En proyecto)
- 7 — El asesor religioso en el movimiento de S.C. (P. Vidales)
- 8 — El apóstol claretiano seglar (P. Viñas)
- 9 — Diferentes formas de ser claretiano (En proyecto)
- 10 - Los S.C. y la Congregación de Misioneros (P. Vidales)
- 11 — Cómo suscitar y formar un grupo de S.C. (P. José M Vigil)
- 12 — Ideario del seglar claretiano (P. Vidales)
- 13 — II Congreso mundial de Seglares Claretianos
- 14 — Comentario al Ideario del seglar claretiano (P. Vidales)
- 15 — La formación del seglar claretiano (En proyecto)
- 16 — La espiritualidad del seglar claretiano (En proyecto)
- 17 — Evangelización en Claret y en los S.C. (P. Vigil)
- 18 - El grupo de S.C. - Evolución y maduración (P. Vidales)
- 19 — El misterio materno de María en el S.C. (P. Viñas)

**PORQUE
HE CREIDO
ME
LLAMARAN
BIEN-
AVENTURADA**

Tip. Curia General Claretianos

Vía - Sacro Cuore di María, 5

00197 ROMA, Noviembre 1984.